

## EL MAR EN LA POESÍA DE TOMÁS MORALES Y PEDRO GARCÍA CABRERA

Luis León Barreto

### ABSTRACT

The autor looks at the significance of the sea in the poetry of Tomás Morales and Pedro García Cabrera, and analyzes the common and the differentiating features in the work of these two poets. The sea makes them look inward in self examination, it is motherly; the sea is the universal link that transports them to other shores, and which permits them to share their lives with mankind. The sea is the discovery of light and rhythm for Tomás Morales. For García Cabrera it embodies the doubts and expectations of the islander, his different way of seeing himself reflected from the shores.

Para nuestra identidad de isleños, nuestro paisaje fundamental es el mar. Un mar siempre ambivalente y contradictorio, que nos comunica y que también nos enclaustra. El mar que nos acerca a las grandes corrientes culturales, pues no en vano el Atlántico es el océano del pensamiento y la vanguardia desde hace muchos siglos; y también el mar que nos interioriza, que nos asusta y aleja. Hemos vivido a espaldas del mar, porque desde la fundación de la sociedad insular padecimos todos los riesgos de invasión y expolio. Por eso se construyeron en cada isla ciudades que trataban de burlar al mar, que sólo le ofrecían una espalda engañosa. En muchos casos, las capitales quedaban lo suficientemente lejos como para disuadir a los piratas; es el caso de La Laguna, Betancuría, Teguisse o Valverde. Sin embargo, y pese a tales recelos nuestros frente al mar —ese mar que nos trajo la conquista, y también fue el medio para la huida de muchos de los

nuestros frente a las hambrunas, las epidemias o las injusticias sociales y políticas— hemos constituido en todas las épocas un territorio aventajado en la comunicación de las mercancías materiales y de las ideas. Esa imagen tópica de Canarias como atalaya o puente tendido sobre el mar no deja de responder a nuestra esencia de pueblo liberal y acogedor de lo novedoso; una imagen que se contrapone una vez más a esa otra realidad de que somos un pueblo disperso sobre el mar, escasamente solidario, enfrentado en fratricidios constantes, arriesgado y temeroso. Un pueblo con una identidad contradictoria y tensa. Una identidad tan borrosa como el rastro de la calima que nos envía el gran desierto próximo; y, sin embargo, una identidad atlántica tan diáfana como nuestro sol de invierno.

El mar es, pues, nuestro gran territorio. Ya Valbuena Prat, allá por los años 20, se dio cuenta del modo en que nuestro aislamiento marca la producción de nuestros escritores. Sobre todo en la lírica, que es el género con mayor continuidad desde nuestras sombras neolíticas hasta ahora mismo. Un mar que es casi nuestra identidad, pues nuestra poesía suele mostrar un temperamento maternalizado, dubitativo. El mar como esperanza que se desvanece, tal como lo contempla el pesimista Alonso Quesada:

Serenamente el mar viene a mi alma  
 en estas lentas tardes del verano;  
 sobre la arena de la playa aguarda  
 mi corazón la sombra que lo envuelve (...).  
 ... Y mi alma, tiende sobre el mar dorado  
 una esperanza de mejores tiempos,  
 en ese instante en que las cosas todas  
 por demasiado ciertas nos engañan...

Pero, sobre todo, el mar como renuncia, ya que vivir en una isla significa una castración, un enjaulamiento; es el mar de las rejas que nos impide adentrarnos por autopistas sin final, por montañas, por ríos, por ciudades seductoras. Alonso Quesada nos lo confirma:

¡El sol dando de lleno en los peñascos  
 y el mar... como invitando a lo imposible!  
 ¡Todos se han ido! Yo, desnudo y solo,  
 sobre una roca, frente al mar, aguardo  
 el mañana, ¡y el otro!"

El doble sentido de nuestro mar: de una parte, el mar grandioso, exultante y eufórico que nos lleva a buscar el origen mítico de estas islas (es decir: la Atlántida, las Hespérides, el Jardín del Edén) y, de otra, el mar sufriente, por el que padecemos lejanía y zozobra en nuestra historia. El

mar que nos trajo la civilización, todos los genes de nuestro mestizaje europeo, americano y africano, y el mar que nos aporta desasosiego. Esta doble imagen puede ser representada en nuestra literatura por dos grandes poetas de este siglo: el grancanario Tomás Morales y el gomero Pedro García Cabrera.

Ambos fueron muy distintos. Tomás Morales fue la vitalidad exuberante, el impulso dominador, la posesión misma. Hombre de la burguesía, profesional liberal, médico, intelectual mimado por la sociedad. Miembro del Partido Liberal Demócrata. García Cabrera, modesto empleado de la Refinería, militante del PSOE, perdedor de la guerra civil. Su largo cautiverio y sus heridas íntimas le hicieron fraguar otro concepto del mar canario, mar de las quimeras, símbolo de la angustia humana.

Pero el mar de ambos poetas no es exactamente antitético, sino más bien complementario, porque el mar radiante y el mar doliente constituyen dos lados contiguos del ser insular. Ser isla, vivir hacia adentro, asumir el espacio interior no suele ser tarea fácil ni cómoda. García Cabrera, siguiendo la estela de Alonso Quesada, acentúa el espacio de la derrota y bebe en las fuentes de los que han sido humillados, como Alberti, Salinas o Hernández; Tomás Morales representa el despegue de una burguesía mercantil y portuaria, y conecta con el sentido épico de Darío, Saint-John Perse o Walt Whitman. En la compleja psicología de cualquier insular, muchas veces vemos en el mar la ofuscación. Y otras veces contemplamos en él un camino brillante que nos comunica con otros hombres, que nos hace cosmopolitas, universales.

Estas ideas, tan esquemáticas, han de ser desarrolladas.

En el número 18 de la revista *Anuario de Estudios Atlánticos*, 1972, se inserta un artículo del profesor Sebastián de la Nuez, titulado "El tema del mar en *Las Rosas de Hércules*". Inicialmente constatamos que el mar es una imagen de lo femenino, como también es considerado una imagen del útero materno, en definitiva: el lugar del que brotó la vida sobre este planeta. Por lo tanto, el mar es algo suficientemente sugeridor y poderoso, algo que jamás podremos olvidar quienes vivimos en sus orillas. Pues el mar nos atrapa, nos fascina, como lo ve Morales:

El mar tiene un encanto, para mí único y fuerte;  
su voz es como el eco de cien ecos remotos  
donde flotar pudiera, más fuerte que la muerte,  
el alma inenarrable de los grandes pilotos...

El mar es también "un viejo camarada de infancia", y, por si fuera poco, "el gran amigo de mis sueños, el fuerte / titán de hombres cerúleos e inenarrable encanto..." El mar optimista, verbal. El mar de los puertos, las

naves y los marinos; el mar del viaje que es la vida; el mar del trabajo y el mar electrizante de la tormenta; el mar de los viejos marinos y de las aventuras. El mar, que es por sí mismo una imagen del amor; el mar de los héroes; el mar de la guerra y las conquistas; el mar de la ciudad comercial que construye su puerto con cien pabellones; el mar sensorial, lleno de adjetivaciones; el mar sublimado; el mar que es el padre; el mar viril y el mar femenino; el mar-díos y el mar que representa tanto el nacer como el morir, tanto el orto como el ocaso, tanto el flujo como el reflujo; el mar de la afirmación frente a los silencios del mundo exterior; el mar, pues, de la alegría fundacional; el mar, primer punto de referencia; el mar feliz

¡Atlántico infinito, tú que mi canto ordenas!  
 Cada vez que mis pasos me llevan a tu parte,  
 siento que nueva sangre palpita por mis venas  
 y a la vez que mi cuerpo, cobra salud mi arte...  
 El alma temblorosa se anega en tu corriente.  
 Con ímpetu ferviente,  
 henchidos los pulmones de tus brisas saladas  
 y a plenitud de boca,  
 un luchador te grita ¡padre! desde una roca  
 de estas maravillosas Islas Afortunadas.

Es, en palabras de Andrés Sánchez Robayna, el inicio de un nuevo tiempo creador. Una poesía que, abierta a la idea de futuro (un futuro de armónicas imágenes inaugurales), parece estar fundando siempre un espacio de identidad atlántica. Y, según el prólogo a la edición de *Las Rosas de Hércules*, 1922, de Enrique Díez-Canedo, “los dioses y los héroes cabalgan en sus corceles marinos, y su énsalmo hace surgir un mundo cuya voz ha de ser la misma voz del poeta. Aquellas rocas se hacen fecundas; el comercio va a tocar en ellas y a dejarlas ricas y prósperas. El canto ya no persigue aquellas siluetas rudas, aquellos breves cuadros de antaño; cobra entonaciones augurales, se llena del espíritu oceánico; nos parece que se levanta de la espuma, impregnado de sal y yodo...” Es el mismo Atlántico sensual y colorista del pintor Néstor, quien desarrolla una obra paralela al canto triunfal de Morales, y a quien el poeta dedica estos versos:

¡Noble mar de las gracias helenas  
 celebrado en heroicas acciones!  
 ¡Viejo mar, cuyas ondas serenas  
 sonrosaron de amor las sirenas  
 y aclamaron los roncós tritones!

Según Lázaro Santana (*Modernismo y vanguardia en la literatura ca-*

*naria*, en Edirca, 1987) ya en el primer libro de Morales (*Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*) hay poemas de tema marino, que sugieren, con respecto al modernismo español, originalidad en el enfoque de los temas y novedad en el lenguaje. Su vigorosidad plástica los alejaba de los habituales tonos decadentes y febles que eran comunes al modernismo epigonal español de Villaespesa, en los primeros libros de Juan Ramón Jiménez, etc.) Morales destierra un caduco romanticismo y regionalismo de la poesía canaria. Y Pedro García Cabrera es un autor que tempranamente descubre su hallazgo:

A la mar fui por naranjas,  
 cosa que la mar no tiene.  
 Metí la mano en el agua:  
 la esperanza me mantiene.

Como aprecia Domingo Pérez Minik en el prólogo a la antología *A la mar fui por naranjas* (Edirca, 1979) meter la mano en el agua equivale a comprometerse con la ética, con la democracia, con los ideales del humanismo. Meter la mano en el agua es someterse también al acoso de las islas, al recelo, al enquistamiento. Hay un hombre en la más estricta soledad, que es el propio poeta. Y para realizar su sueño ha de bajar todos los días a la rompiente en busca de unas naranjas de oro, imposibles. Las naranjas de la comunicación con los otros hombres, las naranjas del abrazo fraternal. Dice literalmente Pérez Minik que “ningún poeta del mar, del mar de verdad, no del mar de mentira, hemos tenido como Pedro García Cabrera. El lo ha observado con la mayor pasión, ha descubierto su real iracundia con su inexorable necesidad y su ciega injusticia y le ha reclamado a lo largo de toda su existencia la lección perenne de la libertad esencial... Dividido, como corresponde a todo buen español, entre el diti-rambo más disparado y la elegía más lacerada, su peregrinación lírica va desde el mar hasta el hogar, para descubrir, por fin, el último arcoiris de su libertad, tantas veces maltrecha...” He aquí, pues, un poeta dolorido, acongojado y ofendido que tiene que meterse entre sus cuatro paredes para gozar de la libertad interior, que es la única posible. En Canarias se padece entonces un doble aislamiento: el de los famosos 2.000 kilómetros que nos separan de Madrid, y el de la carencia de los derechos humanos básicos. Estos años que van desde 1939 hasta su muerte, en 1981, son muy diferentes de aquellos años de comienzo de siglo, en que Tomás Morales despliega sus odas al Atlántico.

A ese mar sin destino,  
 mar de espejo sin nadie,  
 que no puede celebrar cumpleaños,  
 ni acudir a una cita,  
 ni nacer ni morir ni desvivirse,  
 ni estrechar una isla de ternura;  
 a esa mar sin dolor,  
 sin rúbrica de llanto,  
 aunque vea relampaguear mi pena en su sal y su espuma,  
 icómo voy a pedirle que me devuelva mis amigos  
 si no entiende el lenguaje de naranjas  
 de lo que siempre espero!

El mar, que es tanto amigo como enemigo “que no entiende”. Tal como aprecia Danielle Sotto en *El orbe poético de Pedro García Cabrera*, Aula de Cultura, 1980, en “La esperanza me mantiene” aparece la mar como motivo de reflexión y ser positivo y negativo a un tiempo, que salva o condena al hombre. Como fuente de esperanza la mar es madre fecunda, mundo libre, ser en soledad que entiende la soledad del hombre, interlocutor y también ente generoso que regala naranjas de libertad. La mar, amiga y mundo ideal para el poeta. La mar, que equivale a la madre, tal como entienden los psiquiatras, pues toda la vida del planeta con la evolución de las especies, procede de ella; y nuestro único instante de paraíso se retrotrae al momento en que vivíamos en el claustro materno, en el líquido amniótico, que sin duda es el equivalente al agua marina. El autor no sólo feminiza al mar sino que lo maternaliza: “Soy un niño en el vientre de su madre/ que aún no sabe llorar./ Saldré yo mismo a la luz/ será la mar mi madre/ la madre que no muere ni enterramos nunca”. Y, además, significa libertad: “Tu, mar, le has dado al agua el albedrío/ de andar por donde quiera...” Y, por supuesto, es el origen: “Todo estaba en una caracola de rumores,/ confundido en la sal como al principio,/ antes de que tuviese el agua/ la primera ilusión de eternidad...”

Pero el mar —o la mar, como sin duda prefieren decir los marineros— conlleva igualmente una carga negativa: “Si de ti vino todo lo que somos.../ hay en nosotros tu raíz,/ nos perdura un salvaje rumor de garra y selva,/ de dureza y desprecio,/ de horizonte trepándose del barro;/ un poco de tu arena aún nos ciega,/ algo de tu rencor nos estremece...” La mar, incapaz de entender los problemas del hombre, criatura indiferente y hasta despreciativa: “Son tantas ya las veces que me has vuelto la espalda/ retornando mis redes mojadas de infortunio...”

Y, sin embargo, el poeta espera la palabra, la amistad, la paz, la patria, la humanidad, la renovación. Más allá del silencio de la postguerra,

el poeta aguarda “que algún día sobre las olas aplaceradas y tormentosas, y como fruto de un extraño árbol marino con flores de azahar saladas, una redonda naranja pudiera aparecer”. La expectativa, pues, de “la paz inverosímil, la posibilidad de un hijo servidor del albedrío, la figura ideal de la patria, la consecución de la libertad soñada, el negro y azul archipiélago de sus islas, la melodía melancólica de sus sueños”.

Tomás Morales y Pedro García Cabrera son un producto de distintas influencias literarias, de su inserción en códigos estéticos diferentes: el modernismo y el surrealismo como puntos de partida. Pero —sobre todo— son un producto de sociedades distintas, de ideologías y aspiraciones personales muy contrastadas. Tomás Morales fue gallardo y expansivo; García Cabrera adusto y silencioso. Uno conoció los tiempos de despegue del puerto grancanario y otro padeció en su carne la cárcel y el menguado salario de empleado de la refinería. Por fuerza tenían que hacer obras dispares; por necesidad el concepto que ambos tenían de ese elemento constitutivo de nuestro paisaje que es el mar había de ser no coincidente.

Sin embargo, existen elementos comunes, similitudes en el tratamiento que ambos autores hicieron del mar.

Como reconoce Pérez Minik, García Cabrera “ha sabido cantar con alegre, melancólica y desenfadada seguridad que vive en unas islas, nos ha desnudado muchas de sus mentiras y ha conseguido escribir sobre nuestro mar con la mayor alacridad ese «tú esencial» que tanto necesitamos”. Pues es obvio precisar que si en una primera lectura García Cabrera parece un “poeta doliente”, en cuanto profundizamos en la obra del autor gozamos nos damos cuenta de su felicidad subterránea, de su alegría, de su asunción de la isla como espacio mítico y fundacional. Así lo aprecia Nilo Palenzuela en el prólogo al primer tomo de las *Obras Completas* publicadas por el Gobierno de Canarias en 1987: la isla constituye un espacio cósmico, diáfano, universal. Entonces, el poeta retoma la tradición de la esperanza a través del simbolismo, en la línea de trabajo de Shelley o Saint-John Perse. No es una isla triste la suya, sino que “se descubre ahora como una arquitectura a la que no faltan atribuciones de orden ético y moral (sencillez, humildad, seguridad, fidelidad, etc.). El poeta está siguiendo el ejemplo de Salinas, Jorge Guillén, Cernuda. Proclama “la eterna virginidad del mundo” y —en palabras textuales de Palenzuela, refiriéndose al libro *La rodilla en el agua*, “el aislamiento o la soledad lejos están del significado de la palabra de Alonso Quesada. Invocan aquí el rumor de un estado ancestral y mítico del universo. La palabra de Pedro García Cabrera muestra, como dijera Lezama Lima, un paisaje comenzante...”.

Lo vemos, por ejemplo, en el tema de la ausencia. Ausencia que no

significa negación, sino esperanza de encuentro. Esperanza de reencuentro, mejor dicho, con la libertad:

Un día habrá una isla  
que no sea silencio amordazado.  
Que me entierren en ella,  
donde mi libertad dé sus rumores  
a todos los que pisen sus orillas.  
Solo no estoy. Están conmigo siempre  
horizontes y manos de esperanza...

Es decir que no estamos ante una formulación agónica de la isla, en cuanto renuncia y pérdida. Por el contrario —insiste Nilo Palenzuela— “las metáforas, las imágenes y los símbolos forman parte de una «vigilia en marcha» que proclama la naturaleza himnica del poema y de su objeto: una perenne alabanza del mundo que no se encamina hacia la historia, sino a la utopía de un origen proyectado hacia el futuro”. Citando uno de sus títulos más significativos, la esperanza mantiene al poeta y jamás permite que se derrumbe, ni consiente que su mensaje sea derrotista. Pues “el hombre en soledad nunca está solo”. El poeta goza el mar, espera en él, como lo vemos en este texto de “Las islas en que vivo”:

“No es necesario que a la mar tú vengas  
con la caña de pesca y el atuendo  
de cualquier pescador. Con que te acerques  
desnudo de palabras y de moldes,  
te sientes a su lado y te sumerjas  
olvidado de ti, de tus esquemas  
de ver la vida y de idear el mundo,  
con que dejes tu tiempo a las espaldas  
y te hagas a su ritmo y sus rumores,  
la mar queda engodada para darte  
frutos de creación, nuevos remansos  
que, siendo tuyos, los desconocías...”

La mar es, entonces, una imagen de libertad. Las islas son una tierra anfibia donde alguna vez se plasmará la hermandad, el hogar. Más allá de los destierros, los sufrimientos y la conciencia de purgatorio que los isleños solemos tener al habitar en el espacio reducido de Canarias, por encima de la dosis de canibalismo tribal y de mezquindad, es posible adivinar la fe, la luz y el triunfo de los ideales. Pues las islas “son nómadas oasis, se liberan/ de las redes marinas de los nautas/ en su ley de viajar, con un hatillo/ de cielo azul colgado a las espaldas...”.



Hasta aquí, las notas diferenciadoras entre ambos autores. Pero veamos que además hay similitudes entre ellos. Así, si bien aceptamos que Morales fue un hombre triunfante, expansivo, adscrito a la grandilocuencia verbalista del Modernismo, existe en él un trasluz de hombre melancólico, en la línea incluso de un Baudelaire, es decir: dentro del simbolismo. Joaquín Artiles, en *Ensayos y estudios literarios (Del siglo XII al XX)*, editado por el Cabildo de Gran Canaria en 1975, señala que en *Las Rosas de Hércules* hay una doble manera de contemplar la luz, que se corresponde con la doble visión y el contraste anímico del autor. En la primera época, con un autor principiante, predomina la luz tenue, la penumbra; la noche es preferida al día, la claridad lunar prevalece sobre el deslumbramiento del sol. José Juan Suárez Curbelo, en su *Introducción al español de la lengua poética de Tomás Morales* (Gobierno de Canarias, 1985) dice que “el Simbolismo canta el otoño, las sombras, el tedio...”. Y Díez Canedo, en su ya comentado prólogo a la edición de *Las Rosas de Hércules*, de 1922, habla de la evocación romántica en este primer Tomás Morales, con la referencia a la niñez, a los recuerdos familiares.

Una poesía, por tanto, de isla interior en esos primeros textos. Hasta que el autor descubre el mar, y poco a poco decide cabalgarlo, hasta llegar a ese mar rotundo, esplendoroso y sonoro que le caracteriza.

Un mar taciturno, lleno de sombras y de dudas, es aquel primer mar de Tomás Morales, como lo apreciamos en el soneto dedicado al puerto de Cádiz, en 1908:

¡Oh, el puerto muerto! Lleno de una ancestral pereza,  
arrullado al murmullo de un ensueño ilusorio,  
que aún guarda un visionario perfume de grandeza  
sepulto entre las ruinas de su pasado emporio...

Estamos muy lejos de la “Oda al Atlántico”, en cuyo fragmento VIII, podemos leer esto:

¿Y el mar? Omnipresente,  
se exaltaba en el júbilo de su vigor naciente,  
en el festín radioso de la estival mañana,  
retador e inconsciente con su barbarie sana.  
Sintiendo sus enormes poderes dilatados,  
desperezaba alegre, los flancos liberados,  
rizándose al entorno de emergentes bajíos...

Y, paralelamente, en el primer Pedro García Cabrera nos encontramos con un mar interpretado a través del juego brillante y efectista guiado

por Rafael Alberti. Es aquel mar de *Líquenes* (1928) un ente juguetón, lúdico:

Qué solita está la mar.  
 Hasta también se ha marchado  
 la cuerda del horizonte  
 para jugar con las trombas  
 en otro estadio, al diábolo.  
 Y las montañas fruncidas  
 cabalgadas por las nubes  
 su vivac gris levantaron.  
 Qué solita está la mar.  
 No la apuñala ni un barco.

En *Días de alondras* (1951) nuestro autor retorna a una clave de juego, con eco del vanguardismo lúdico de los años 20. Se recogen en este libro algunos poemas en los que el mar se convierte en tema menor, dentro de esta línea de levedad.

*Líquenes* y *Días de alondras* aportan, por consiguiente, esta visión digamos aliviada, casi festiva.

Resumiendo cuanto llevamos dicho —y sin pretensión alguna de agotar el asunto— podemos concluir que es el tema del mar el que se hace relevante y decisivo para ambos autores. Un mar que —como analizó Valbuena Prat hace más de 60 años— otorga a nuestros poetas una doble dimensión: de una parte, los interioriza, los maternaliza, los hace mirar hacia adentro; de otro lado, nuestros escritores sienten que el mar es en la misma medida un nexu universal que les aproxima a otras orillas, que les hace compartir la vida con los demás hombres.

Un mar que para Tomás Morales supone un descubrimiento de luz y de ritmo; un mar que para García Cabrera personifica las dudas y las expectativas también del hombre insular, su-forma distinta de verse reflejado desde la orilla.

Ambos habían realizado aproximaciones en torno a otros proyectos temáticos, pero la verdadera madurez estilística de estos autores sólo brota poderosa cuando los dos sienten el magnetismo único del mar.

Tomás Morales supone en la literatura hispánica el reencuentro con el mar —casi olvidado durante siglos, desde que los autores mediterráneos habían hecho su glosa— y también aporta la notable tradición literaria del archipiélago, con el indudable conocimiento de un Cairasco de Figueroa, primera figura realmente europea que recoge nuestra literatura; Pedro García Cabrera —por su parte— es otro escalón en esa pequeña gran historia de nuestras letras; asume a Cairasco y reelabora a Tomás Morales y a

Alonso Quesada, afirmando la estela singular de nuestra lírica dentro del rumbo de todas las literaturas hispánicas.

Y una vez más debemos afirmar que — pese a que esta literatura escrita en las islas siga siendo poco valorada por buena parte de los sectores docentes y casi desconocida en el exterior— lo cierto es que existe una producción literaria de interés en este archipiélago, particularmente visible en la lírica.

Es de esperar que — con el esfuerzo de las instituciones por “vender” fuera de las islas una imagen distinta de la que ahora mismo estamos teniendo, como pueblo casi tercermundista propicio a la crónica negra y turbulenta— esta literatura de Canarias vaya ocupando el lugar que le corresponde. Ese esfuerzo es imprescindible en un momento en que los medios de comunicación cultivan nuestros escándalos y disensiones, se fijan en nuestras bolsas de miseria y en la forma casi descarada en que generamos una delincuencia internacional de altos vuelos.

Es hora ya de que suplamos la carencia histórica de una burguesía canaria reivindicativa de sus valores culturales y de sus tradiciones; pues nuestra autonomía permanecerá en el furgón de cola mientras no seamos capaces de hacernos respetar en nuestra peculiar historia, en nuestra idiosincrasia tan especial.

Este pequeño trabajo ha querido ser un homenaje a dos de los autores más esenciales de esta región atlántica, casi siempre atormentada, casi siempre encrespada consigo misma. El grado de reconocimiento que ambos escritores obtuvieron en vida fue bien distinto; mientras Tomás recibió la consagración y el aplauso de la burguesía de la naciente ciudad portuaria de Las Palmas, Pedro no pudo sobrevivirse para llegar a tiempo de recibir el primer Premio Canarias de Literatura, por la simple razón de que el cáncer carcomió antes su resistencia.

Una reflexión elemental sobre nosotros mismos y sobre nuestra condición en el mundo pasa por hacer propia esta literatura “arraigada”, con raíces atlánticas fundacionales. En nuestras escuelas y en nuestros institutos hay que manejar los grandes textos de la literatura universal; pero además los poemas del mar de Tomás Morales y los poemas del mar de García Cabrera habrán de ser igualmente textos de obligado conocimiento, en la medida en que ambos nos ayudarán a conocer mejor nuestras dudas y nuestras ganas de vivir, la zona en penumbra de nuestra esencia y la euforia de sentirnos un pueblo a orillas del mar, dentro del mar, frente al mar; siempre el mar, del que no podremos prescindir jamás aunque intentemos volverle la espalda. Porque él está ahí, a la vuelta de todos los caminos de las islas, con su llamada al abrazo y a la superación de las rencillas de la

tribu. Un mar que es el verdadero espejo de nosotros mismos, de nuestros anhelos y de nuestras esperanzas.

Un mar donde a lo mejor acaban por florecer las naranjas del progreso y la concordia entre todas las islas.

Así sea.